



volumen 2010/2  
# 9  
septiembre 2010

Papeles del CEIC  
ISSN: 1695-6494

De Waal, Frans (2009). *The Age of Empathy. Nature's Lessons for a Kinder Society*. Nueva York: Harmony Books

Juan Manuel Irazo

Universidad Pública de Navarra

E-mail: [jmia1706@hotmail.es](mailto:jmia1706@hotmail.es)

El capitalismo especulativo que ha llevado la economía mundial a una crisis devastadora fundamenta su legitimidad en la espuria cientificidad del darwinismo social. Esta ideología afirma que la Naturaleza es competencia irrestricta y que modelar la sociedad análogamente producirá el mejor orden social posible. La segunda afirmación es falaz; la primera, falsa.

Nos halaga atribuirnos en exclusiva las cualidades que más admiramos en nosotros mismos —el lenguaje, el razonamiento, el tomar la perspectiva del otro, la empatía, la moralidad— y adjudicar a nuestra herencia animal las que nos avergüenzan —la violencia, el egoísmo, la avaricia, el ansia de poder—. Abrimos así un abismo inexistente entre lo humano y lo no humano, la cultura y la naturaleza. En su anterior libro, *Primates y filósofos*, Frans de Waal observó que nosotros somos los únicos seres morales *porque* reflexionamos sobre nuestros usos morales, creamos discursos sobre ellos y deliberamos sobre éstos —capacidad de la que emerge la atribución social de responsabilidad—, *pero* usamos para ello capacidades que, aunque más desarrolladas, compartimos con otras especies; la extinción de las especies intermedias entre nuestro ancestro común con los primates y nosotros y la consecuente desaparición de la solución de continuidad en que esas capacidades fueron creciendo gradualmente crea la *apariencia* de hiato evolutivo. Genialmente, Waal especula sobre la causa última del *excepcionalismo*: la ausencia

Juan Manuel Irazo



*Papeles del CEIC, 2010*



de monos o primates en los ecosistemas de Asia occidental donde surgieron las religiones 'abrahámicas' —cuya bestia paradigmática es la lerdá oveja doméstica, que no sobrevive sin pastor—, habría inducido la idea de una cesura radical entre los humanos y el resto de los animales; en cambio, las religiones de los trópicos, ante la obvia semejanza de comportamiento, creen en dioses monos o asumen la trasmigración de almas entre unos y otros —continuidad espiritual que evidencia un único nivel ontológico—. Además, como la empatía es una cualidad ostensiblemente más común, amplia y profunda entre las mujeres, y por ello largamente menospreciada por los investigadores varones dominantes en biología, se ha tardado en asumirla como realidad —como tema de investigación *objetivo*—. Ambos sesgos, religioso y sexista, junto con el orgullo *chovinista* de la especie, explican que la filosofía y la ciencia heredaran ese excepcionalismo auto-complaciente y su resistencia a atribuir estados emocionales próximos a la moralidad a los animales, pese a seguirse dicha *continuidad* del paradigma darwinista.

Nuestra superioridad técnica es inmensa y usamos el lenguaje para *argumentar* juicios morales pero nuestra conducta se basa en los mismos motivos y necesidades y emplea fórmulas de interacción similares, a veces idénticas, para fines básicos muy afines a los de especies neurológicamente próximas. Todo orden social es igual de natural porque nuestra naturaleza consiste en modular culturalmente nuestra dotación biológica para adaptarnos al medio, natural y social, en que vivimos. La política es nuestro destino, un destino heredado, y compartido por otras especies, como evidenció el primer libro de de Waal, *La política de los chimpancés*, considerado un hito de la etología y un referente para el naturalismo en sociología. Ahora bien, este libro, que reúne los logros de treinta y cinco años de investigación, muestra que tenemos tendencias competitivas y agresivas pero también aptitudes cooperativas e integradoras. Es improbable que una sociedad que no articule institucionalmente ambos aspectos pueda ser óptima en ningún sentido. Lo ejemplifica, para de Waal, el "déficit de compasión" de la meritocracia estadounidense, cuya alta productividad ignora una infraclase alienada de los procesos económicos, políticos y culturales del país y con estándares de vida tercermundistas, y la clasista y tradicionalista Europa, que goza de mayor calidad de vida al precio de una menor capacidad de iniciativa —y competitividad— económica, científica, artística, etc.

Nuestros ancestros vivían aterrados por los grandes depredadores. El gregarismo surgió y devino *instintivo* porque aportaba seguridad, primera y principal explicación causal de la vida social. Somos de un linaje de primates muy interdependientes (en condiciones normales, los adultos sanos cuidan y protegen a las crías, los viejos, los enfermos, los heridos o los discapacitados). El *instinto gregario*, propio de una especie social, nos hace destacar en, y gozar de la sincronización corporal (sexo, risa, conversación, música, danza) pero también nos hace seguir a líderes y conformarnos a la mayoría. Randall Collins ha hecho de este rasgo el mecanismo clave del orden social en *Cadenas de rituales de interacción*. Podemos ser ocasionalmente violentos, pero la guerra no es un instinto humano. Somos, esporádicamente, homicidas temperamentales o estratégicos, pero sólo el

Juan Manuel Iranzo



Papeles del CEIC, 2010



gregarismo, unido a la territorialidad, explica la disciplinada obediencia precisa para crear situaciones donde el miedo a ser muerto lleva a individuos profundamente adversos a matar a alguien evidentemente semejante a ellos, a hacer justamente eso —y a menudo a penar por ello el resto de sus vidas—. De nuevo, R. Collins documenta ampliamente esta idea en su última obra, *Violence*. De hecho, *la escasez de recursos hacía la supervivencia tan incierta que la comida y la seguridad devenían prioridades máximas*, y eso aseguraba el éxito casi continuo de las actividades dirigidas a limitar las disputas internas y externas y contener la violencia entre individuos y grupos pequeños interdependientes —compartir la caza; intercambiar visitas, dones o cónyuges; tejer asociaciones de hospitalidad y comerciales; tomar decisiones colectivas por consenso—.

La extensión en las complejas sociedades industriales de la irresponsabilidad ecológica, el predominio del interés individual sobre el común y la guerra permanente, invitan a extrapolar que nuestros ancestros eran individuos calculadores, egoístas, aguerridos, libres y belicosos, pero la evidencia indica también claramente que eran gregarios, cooperativos (condicionales), altruistas, dependientes de condiciones de confianza recíproca, adictos a la conexión emocional y social (al punto de temer el ostracismo más que la muerte) y dedicaban abundantes recursos y esfuerzos a construir un genuino interés recíproco. Como nuestros parientes evolutivos próximos, somos animales cooperativos, sensibles a la inequidad y, pese a nuestra agresividad, más inclinados a la paz que a la violencia, así como somos también muy sensibles a los incentivos y orientados hacia el estatus, el territorio y la seguridad del abasto de recursos básicos para la supervivencia. No importa si nos describimos como animales muy cooperativos que se esfuerzan para controlar su egoísmo y su agresividad o como seres muy competitivos que, con todo, son capaces de congeniar e interactuar con reciprocidad: los humanos somos agresivos, pero también maestros en tramar lazos sociales que restringen la competición. Como Jano, tenemos dos caras y somos sabios si las usamos con oportunidad: la agresividad no es obligatoria y la bondad debe ser limitada para no ser pasto de la explotación, pero es indispensable para evitar que la competencia destruya la confianza, el capital social que posibilita una competencia ordenada, productiva, eficiente y creativa.

No obstante, dado que durante mucho tiempo ha predominado la visión “darwinista social”, de Waal pone todo su énfasis en demostrar *la evolución biológica de la moralidad*, cuya base y núcleo es la empatía<sup>1</sup>. Ésta no nace en altas regiones de la imaginación donde uno reconstruye como se sentiría en la situación de otro o cómo se siente ese otro; su base es el *ajuste de estados* iniciado por la tendencia a sincronizar cuerpos —bancos, bandadas y manadas cuyos miembros coordinan mutuamente sus movimientos—; así se coordinan actividades y se aúnan

<sup>1</sup> La moralidad no deriva de principios abstractos. De otro modo, ¿por qué que nuestras reacciones morales suelen ser *visceral*es y automáticas?



respuestas. Las neuronas-espejo serían la base neural de una coordinación que se inicia nada más nacer. De la coordinación cinética la evolución pasa a la imitación automática. La imitación, especialmente de las actitudes corporales y faciales, es la base de la *identificación* —tendemos a replicar involuntariamente las emociones y movimientos de quienes captan nuestra atención o sentimos próximos—, que lo es del *contagio emocional*, un rasgo con grandes ventajas para la supervivencia de las crías: una estrecha consonancia con sus emociones y necesidades por parte de las madres mejora su probabilidad de supervivencia. Por eso las mujeres son, en amplitud e intensidad promedio, más empáticas que los hombres: venimos de un linaje de cuidadoras. La *ansiedad empática* está presente ya en monos —y ratas□ que, en experimentos, dejan de comer durante bastante tiempo si obtener alimento supone aplicar una dolorosa descarga a un semejante—. Este *altruismo auto-protectivo* (ayudar a otro para librarse de sentimientos “aversivos”) es verdadero altruismo (biológico) porque beneficia a otro a un coste para el benefactor, aunque a éste le procure cierta ventaja evolutiva. No se le puede llamar egoísta por ello por que la palabra perdería todo sentido. Egoísta sería ignorar su sufrimiento —que es lo que ocurre cuando el otro no es un compañero de jaula o alguien con quien se tienen lazos positivos previos, o éste queda fuera de la vista—. Por motivos de supervivencia, el contagio emocional, aunque automático en sí mismo puede restringirse, y suele serlo, a aquellos con quienes nos identificamos por afinidad física, mental o social, pero una vez “pre-aprobado” por identificación, mediante neuronas espejo “copiamos” las emociones correspondientes a sus gestos faciales y corporales y las asumimos automáticamente. Asimismo, conviene que pueda modularse o inhibirse oportunamente —no es inteligente enfurecerse con un superior jerárquico furioso, ni práctico dejarse arrastrar por una ansiedad incapacitadora en una emergencia—.

El siguiente nivel (por supuesto, no hay solución de continuidad entre ellos) consiste en la preocupación por los otros. Los chimpancés pelean egoístamente por hacerse los primeros con su parte de comida, y hay una buena razón: la posesión se respeta —incluso de la caza— a pesar de que los individuos superiores podrían arrebatársela fácilmente a otros. Más clara es la conducta de consuelo, casi sistemática y dirigida virtualmente siempre a los perdedores de peleas —y mayoritariamente, pero no sólo, por sus parientes y asociados—. También se conducen con las madres que han perdido crías<sup>2</sup>. Y si un compañero está herido, le lamen y limpian la herida, espantan las moscas; lo cuidan. Incluso algunos monos dirigen sonidos de tranquilidad a crías en dificultades. Ninguna de estas conductas proporciona ventaja alguna al “altruista” —para calmar su ansiedad podrían buscar consuelo en otro individuo, no orientarse al que sufre—; surge automáticamente de un sentimiento de preocupación por el otro. Esta *simpatía*, que no comporta

<sup>2</sup> El sentimiento surgió sólo en ciertos *mamíferos* y reforzó el lazo materno-filial, cuya mecánica empática básica estuvo así disponible como ‘plantilla’ de todos los demás.



necesariamente competencia social —algunas crías de monos simplemente se amontonan sobre la que gimotea—; las madres pueden acompañar a sus crías, esperando ansiosamente a que salgan de apuros por si mismas, pero sin (pensar cómo) ayudarlas, podría denominarse “ante-preocupación” [preconcern] y de ella surge la auténtica preocupación del consuelo o del adulto que anticipa y da solución a la necesidad de un pequeño. Algunos monos ayudan, ocasionalmente, a sus crías a superar dificultades de desplazamiento; pero esto se sitúa a gran distancia de los “puentes corporales” que las madres primates tienden entre árboles para que los atraviesen los pequeños, aquilatando muy bien los casos en que esa ayuda se presta o no dependiendo de las expectativas de aprendizaje sobre el pequeño y de la negociación entre las protestas de aquél y el rigor didáctico de su progenitora — un caso cotidiano de finísimo ajuste de la ayuda guiado por el compromiso emocional apropiado y la evaluación inteligente de las necesidades (o a las potencialidades) del otro—; lejos de la mera coordinación de movimientos, auténtica solución de problemas sociales prácticos, que corresponde al tercer nivel.

La *empatía avanzada* tiene dos componentes: el contagio emocional modulado, elevado a simpatía —preocupado por y orientado a ayudar al otro—, y la adopción de la perspectiva ajena que moviliza un proceso de solución de problemas que conduce a ofrecer ayuda dirigida [targeted help]. La simpatía eficaz parece estar ligada a la capacidad de auto-reconocimiento en el espejo. La *Hipótesis del co-surgimiento* que una concepción de uno mismo como tal, distinto de otros, es lo que permite tratar las situaciones de los demás como diferenciadas y, por ende, reconocerlas como origen de emociones y orientar la acción hacia ellas. Requiere tanto un reflejo empático como separación mental. Los niños que pasan el test del carmín (ver el reflejo de una señal en su frente y tocarse ésta) se muestran prosociales, los otros no. Las especies algunos de cuyos miembros se reconocen en el espejo son: humanos, primates, elefantes y delfines —quizá también ballenas, pero será difícil validarlo experimentalmente—. Puede haber una base biológica: todas y sólo las especies con estas capacidades tienen *neuronas de Von Economo* (células VEN), largas y profundas, que conectan capas cerebrales distantes. Su abundancia, además, correlaciona con la capacidad de autoidentificación y empatía de la especie, y del individuo. En humanos se observa que, cuando se dañan, se pierde la capacidad de adoptar la perspectiva de otro, la empatía, el sentido del humor y de la vergüenza, la orientación al futuro y, además, la auto-conciencia.

La expresión conductual de la empatía es la ayuda dirigida a un objetivo y los casos, aunque esporádicos y no obtenidos sistemáticamente son espontáneos y consistentes. Los relatos de estos episodios ofrecen algunos de los momentos más reveladores y más significativos teóricamente de todo el libro —que la escasez de espacio impide mencionar aquí—. El caso extremo de altruismo empático es el heroísmo. La evidencia, tanto en animales como en humanos, es anecdótica y sin control experimental, pero consistente: se han registrado casos de chimpancés ahogados en osados intentos de rescate de pequeños —los simios no saben nadar—. Waal observa:



“Quizás es tiempo de abandonar la idea de que los individuos que se enfrentan a otros en situación de necesidad deciden si ayudarles o no equiparando mentalmente costes y beneficios. Probablemente, la selección natural ya ha hecho esos cálculos por ellos” (2009: 115)

De la preocupación por el otro puede pasarse a la *preocupación por el grupo*. Los líderes detienen a menudo las peleas entre otros machos (o hembras) actuando con marcada imparcialidad. Ciertas hembras logran desarmar a machos enfrentados y los reconcilian tras sus peleas. Estas acciones también sirven intereses individuales: las hembras evitan que la violencia de los machos se desvíe hacia ellas; los líderes ganan popularidad; pero también ayudan al bienestar de todo el grupo —es lo que se conoce como *interés propio ilustrado*—: promover el tipo de sociedad que más conviene a nuestros intereses. El caso más destacado de esta preocupación consiste en *compartir información* —un primate indica al resto del grupo la presencia de algo relevante (comida, posibles amenazas)— que los demás aún no han detectado; en los humanos, con nuestro continuo señalar, comentar, preguntar y responder, esa capacidad deviene en la actividad de producción cooperativa de conocimiento que nos ha llevado culturalmente tan lejos.

El sentido de la justicia es, probablemente, un emergente de las relaciones de reciprocidad. Los experimentos muestran que si un mono recibe menos que otro a cambio de la misma tarea protestará amargamente. Si se le ofrece la posibilidad de obtener una recompensa para ambos la preferirá a beneficiarse él solo. La cooperación cesa si el otro es desconocido, está fuera de su vista o su recompensa del otro supera la suya. La solidaridad surge de la identificación emocional y ésta de la evaluación de la relación: si ésta es de rivalidad, tiende a esfumarse —sobre todo entre los varones—. Los simios "ajustan cuentas" eficazmente, tanto de favores como de agresiones; su gratitud y su rencor pueden durar décadas. La base del sentido de la justicia es el resentimiento —y el temor que suscita—. No estamos hablando aún de moralidad, sino de conductas sociales cooperativas y conflictivas basadas en lo que recientemente se ha denominado *inteligencia emocional*. La *imparcialidad* sí parece un rasgo genuinamente cultural humano: el aprendizaje, la asociación y el razonamiento potencian la inteligencia empática y, por elaboración cultural, llegamos a creer sinceramente, y a reclamar activamente que otro tenga el mismo trato que nosotros —incluso mejor si lo necesita, aún a nuestra costa—. Pero no por ello dejamos de saber que se trata de una feliz racionalización, de un bienaventurado “efecto virtuoso” de nuestro interés en un entorno social armónico, pacífico, y productivo.

No obstante, como la tendencia a formar jerarquías y a competir por el rango, la empatía es un automatismo —sólo ausente en los psicópatas, que la fingen estratégicamente— que puede atemperarse o potenciarse socialmente. Nuestra naturaleza es nuestra esperanza, pero depende en buena medida de nuestros diseños institucionales porque el grado de empatía que una persona o un grupo alcancen depende tremendamente de las cadenas de interacciones sociales en que



pueda participar. En la sociedad industrial el énfasis en la empatía es difícil de mantener, porque una sociedad basada en el interés egoísta es más productiva “pero no genera la unidad y la confianza mutua que hacen que la vida merezca la pena y caracterizan a las naciones más felices en las encuestas” (2009: 220-221). En cada momento, cada grupo, institución o país debe encontrar el equilibrio con mejores perspectivas y más ajustado a sus costumbres entre competencia meritocrática para la productividad y solidaridad aseguradora de la equidad, entre libertad e igualdad, en consonancia con sus costumbres. La mano invisible del mercado y la visible del Estado necesitan la otra mano invisible que Adam Smith menciona en su *Teoría de los sentimientos morales*: la honradez, la moralidad, la simpatía y la justicia en el trato social, que genera confianza mutua, en la rivalidad y en la solidaridad. El papel de la compasión —apunta de Waal— no consiste sólo sacrificar tiempo y dinero para aliviar alguna mala situación, sino en promover una agenda política que vindique la dignidad de todos. Tenemos la oportunidad de abrir una auténtica era de la empatía consciente. Aunque no pueda ofrecer consejos políticos concretos, la biología garantiza al menos que ése es para nosotros un camino natural.

Protocolo para citar este texto: Iranzo, J.M., 2010, “Reseña crítica: De Waal, Frans (2009). *The Age of Empathy. Nature's Lessons for a Kinder Society*. Nueva York: Harmony Books”, *Papeles del CEIC* (Revisión Crítica), vol. 2010/2, nº 9, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/critica9.1.pdf>